

מב-דמלמל
דמלמל-מב



ultimate by Super

III Concurso de relato corto “Guinea Escribe”

**Obras ganadoras
Premio literario Fundación Martínez**

Edición Cartonera

III Concurso de relato corto “Guinea Escribe”

2ª Edición revisada: septiembre 2018.

Derechos

Edición: Centro Cultural de España en Malabo y Centro Cultural de España en Bata (AECID)

Derechos de los textos: los respectivos autores

Créditos

Encuadernación: Asociación de Apoyo a la Mujer Africana (ASAMA), en Bata (Guinea Ecuatorial); y grupo de artesanas y artesanos del CCE Malabo conformado por Dolores Milagrosa Silva Tolabola, Gerardo Engonga Nsue Nseng y Emiliana Felipa Mengue Nzang

Corrección de estilo: Abilio Sagunto Cobanche

Maquetación: Matías Elé Nzang

Revisión: Julia Diez Diez, Teresa Ahís Gandía, Vigor Kuric Kardelis

Impresión: Centro Cultural de España en Malabo
Carretera del Aeropuerto s/n.

Malabo (Guinea Ecuatorial)

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA)

<http://bibliotecadigital.aecid.es>

Serie “Guinea Escribe”: ISSN 2617-538X

III Concurso de relato corto “Guinea Escribe”

ISBN 978-84-09-05150-2

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de España en Malabo y Bata dependientes de la Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Miembros del jurado

CCE Malabo

Miguel Ángel Obama Nchama
Armando Zamora Segorbe
Adelaida Ondua Casaña
Abilio Sagunto Cobanche

CCE Bata

Trifonia Melibea Obono
Mariano Ekomo Oyono

Nota previa

La Fundación Martínez Hermanos colabora y patrocina el Concurso de relato corto “Guinea Escribe” - Premio Literario Fundación Martínez.

Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas, entre las que se encuentra la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

Prólogo

Desde los 80, los centros culturales de la Cooperación Española en Guinea Ecuatorial han convocado certámenes literarios con motivo del Día Internacional del Libro. Dando continuidad a ese compromiso, los Centros Culturales de España en Bata y Malabo organizaron con motivo de la Semana del Libro el III Concurso de relato corto “Guinea Escribe” - Premio literario Fundación Martínez con el objetivo de fomentar la lectura y la escritura entre la juventud ecuatoguineana.

Con esta tercera edición del Concurso, en Bata, se presentaron 57 relatos cortos, mientras que en Malabo fueron 79 admitidos de 88 trabajos presentados. La final tuvo lugar el día 29 de abril en ambos centros culturales y se otorgaron premios, tal y como se indicaba en las bases, a los tres mejores relatos de cada centro. El jurado estuvo conformado por Miguel Ángel Obama Nchama, Armando Zamora Segorbe, Adelaida Ondua Casaña y Abilio Sagunto Cobanche, en el CCE Malabo; y Trifonia Melibea Obono y Mariano Ekomo Oyono, en el CCE Bata.

Esta publicación recoge precisamente los seis mejores relatos, tres de cada centro cultural, y busca servir de reconocimiento y promoción a estos jóvenes escritores y escritoras que residen en Guinea Ecuatorial.

Por otro lado, cabe destacar el formato de esta edición, realizada por segundo año consecutivo con cartones reciclados y telas africanas. En este caso, se trata de un trabajo llevado a cabo por la Asociación ASAMA en la que participan mujeres ecuatoguineanas formadas en los talleres de “Autoediciones cartoneras” impartidos en los Centros Culturales de España en Malabo y Bata, durante el mes de mayo de 2017, por Araceli García, bibliotecaria de la AECID, y Susana Ramírez, profesora de la Universidad Complutense de Madrid.

Este proyecto cartonero se enmarca en otras iniciativas similares surgidas en América Latina y España, concretamente, en la editorial cartonera de la AECID, llamada “Princesa Cartonera”.

Índice

<i>PALIZA EMOCIONAL</i> / Primer Premio, CCE Malabo Luis Ela Mico Mangué.....	7
<i>INFIERNO</i> / Segundo Premio, CCE Malabo Marina Becheng Nguema Becheng.....	12
<i>EL CASO</i> / Tercer Premio, CCE Malabo Alejandro Salvador Ebozogo Ayungono.....	17
<i>HIEDRA</i> / Primer Premio, CCE Bata Antonina Ada Okenve Obiang.....	24
<i>EL SILENCIO QUE NUNCA SALVA</i> / Segundo Premio, CCE Bata M ^a Graciela Abogo Esono Nchama.....	31
<i>BAJO PELIGRO DE MUERTE</i> / Tercer Premio, CCE Bata Álvaro Mbuel Nzie.....	37

Relatos premiados por el
Centro Cultural de España en Malabo

PALIZA EMOCIONAL

Primer Premio, CCE Malabo

Luis Ela Mico Mangué

Era de madrugada, su canción sonaba, él miraba al techo satisfecho y sobre su pecho, ella acostada, él pegando la última calada, en el suelo las almohadas, la alarma apagada y en la mesilla la taza de manzanilla inacabada. De repente se levantó totalmente desnuda, sus ojos no eran capaces de abarcar tanta hermosura: su pelo, su espalda y cintura, esos pasos con elegancia, aquella fragancia y su sonrisa en abundancia; él solo sabía que la amaba sin censura, cosa que ella nunca dudó. Y si le preguntas qué pasó aquella noche, ya no lo recuerda, pues dejó de estar cuerdo cuando su blusa se desabrochó y se emborrachó al catar sus labios perdiendo así la noción del tiempo y el espacio, cuando la acarició despacio y con su intrépida lengua sin tregua recorría leguas de su piel haciendo que ésta estremeciera y que ella gimiera de placer, cuando su lasciva mirada le invitó a entregarse a la exacerbada pasión en ebullición que en el ambiente se cocía.

Seguía siendo de madrugada y su amada le dijo que se marchaba, que se tenía que ir, que le quería, pero que no estaba segura de lo que realmente sentía, y él estupefacto, recibió el impacto de cada palabra en el acto, pensó en insistir pero prefirió dejarla ir, así que sentado sobre el borde de la cama se limitó a mirar y retener en su memoria las facciones de su rostro, y sin ninguna otra explicación ni dilación ella cogió sus cosas y salió de la habitación. Era una ruptura, hecho que le pasaría factura y que le provocaría una fractura en su corazón, y su reacción ante el fin de la relación fue acallar sus sentimientos oprimiendo su lamento e intentar no vivir el momento.

Eso de ser su exnovio era un agobio ya que vivía ausente en el presente debido a un reciente pasado que todavía no había superado y que le hacía proyectar un futuro oscuro.

Y es que su partida fue el arma que le dejó el alma partida, ya no era el chico majo que los vecinos conocían, no realizaba ni recibía visitas, pasaba la mayor parte de los días en espera de la melodía de su teléfono, pero no sonó; y tras semejante decepción, en la más profunda depresión que atravesaba su corazón, llegó a desear no existir para no sentir el dolor que su abandono produjo; en un arrebato se llegó a preguntar si realmente ella le merecía, cuestionó si ella tenía el derecho de llevarse su alegría, ¿quién era ella para causarle tanto sufrimiento? no era justo tal disgusto, y es que prefería arder mil veces a lo bonzo, morir desollado o degollado, hundirse en el fondo del más profundo océano ahogado o de las formas más cruentas ser torturado, porque todo aquel dolor no era nada para el en comparación al daño que su abandono le producía; estuvo a punto de ponerse una soga en el cuello pero supo que con aquello nada iba a resolver. Pensó en hacer terapia, acudir a un psicólogo para aliviar su ahogo, pero prefirió romper sus fotografías y deshacerse de todo aquello que avivara su recuerdo. Dejó el trabajo y por la calle casi ya no se le veía; se dejó crecer la barba, ya no se acicalaba ni dormía, no hablaba y apenas comía; se la pasaba preguntando durante tardes enteras donde y con quien estaría, si le recordaba con la misma intensidad que él hacía.

La esperaba despierto cada amanecer y yerto al anochecer, sin nada que hacer creía enloquecer si no la volvía a ver, si entre sus brazos no la podía tener; él jamás llegó a entender por qué se fue, pero si sabía que daría lo que fuese por retroceder en el tiempo y repetir infinitas veces el momento exacto en que sus cuerpos entraban en contacto sucumbiendo a una de las mayores manifestaciones del tacto. Aun así, intentó aprender a emprender su camino sin ella más de una vez, pero por mucho empeño que ponía, exasperado, no lo conseguía.

Tras la época seca llegaron las lluvias, y es que el tiempo fue el único testigo de su castigo; de café, chocolate y cigarrillos subsistía y alimentaba

su fría melancolía con la melodía de tristes tonos de blues, y aunque tras cada tormenta el cielo fuera azul y el sol emanara luz, nada cambiaba su actitud porque solo su regreso era lo único capaz de activar el retroceso de su inquietud. El fin de cada noche le conducía al principio de un nuevo día, estaba terriblemente mal solo, necesitaba su compañía, y ahí yacía ante la inmensidad de una cama vacía, como su casa, y es que por mucho que no la llamara ni buscara seguía esperando que regresara porque la extrañaba desde lo más profundo de sus entrañas; es cierto, la echaba de menos, la quería de más, y por cierto, la quería olvidar, pero solo era capaz de recordar cómo eran las cosas a su lado: los días soleados de paseos por toda la ciudad y los besos por accidente, los “te quiero” de verdad, esas miradas confidentes, el deseo perverso en noches de pasión desmedida, los desayunos en la cama, las duchas juntos, acudir a sus espectáculos de danza, ella pidiéndole cantar una noche más, el regalándole poesía, ella y sus rabietas por tonterías, él y sus pésimos chistes. Y es que la presencia de su ausencia no ayudaba a borrar el recuerdo de esos carnosos labios rosados perfectamente moldeados, de la curvatura de su cintura o del resplandor de sus ojos castaños que ni la luminosidad de las estrellas ni el brillo de todas las piedras preciosas podían superar.

Habían pasado meses, casi un año pero aún le consumía el daño; ella se había ido, pero seguía presente en su mente constantemente, él se sentía herido y confundido ya que a pesar de sus repetidos intentos por olvidarla, no lo conseguía, porque al igual que los muertos soñaban con poder vivir, el soñaba con que ella regresaba a sus brazos curándole con besos y abrazos, recomponiendo así cada uno de sus pedazos, pero solo eran fantasías que no se cumplían y que le llenaban de un vacío, vacío que reafirmaba al sentirse solo, vacío que trató de taponar viajando; y es que por primera vez en mucho tiempo observó el mar y vio a los delfines nadar desde algún paradisiaco lugar de clima tropical en un archipiélago del Indico, contempló la hermosa sabana africana, visitó La Habana cubana, sintió en sus carnes el frío glacial de la Patagonia, estudio la fauna y flora de la Amazonia, en Mesoamérica se puso en contacto con la cultura maya, alcanzó la mayor cumbre de la cordillera del Himalaya, se recorrió la Gran Muralla y estuvo de tapas por España. Después de conocer tantos parajes,

tras todos y cada uno de sus viajes, al regresar a la vieja urbe colonial en la que nació y creció, por la que el tiempo transcurría y todo ocurría, entendió y supo que jamás podría olvidarla, porque tratar de olvidarla era como aquella historia del pirómano que quería ser bombero; así que le envió varias cartas y mensajes que no obtuvieron respuesta, la llamó pero jamás le contestó, y descontento él no se contentó con el precio de su desprecio con que ella le ignoró, por lo que se lanzó a su búsqueda; y la buscó, quizá en demasiados lugares: preguntó en hostales, bibliotecas y bares, en discotecas y demás locales; se adentró en varios barrios preguntado al vecindario, ofreció una desorbitada recompensa monetaria en la prensa, se anunció en la radio e incluso llegó a aparecer en el telediario, pero nada de eso compensó el esfuerzo invertido en hallar su paradero puesto que ella no hizo acto de presencia de ninguna manera y ante tal situación su obsesión por encontrarla acrecentó hasta el punto de verse con curanderos, adivinos y hechiceros de atributos divinos a lo largo y ancho de toda la región continental e insular, pero ninguno de ellos le dio la respuesta que quería escuchar.

Y en alguna cálida tarde del mes enero de cualquier calendario, sin casi dinero, cuando ya falto de fuerzas y esperanza no supo que otra cosa hacer, pensó en beber para no recordar, así que entró en la primera taberna con la que se topó, se sentó frente la barra y el barman le sirvió durante horas toda la bebida que pidió, y es que de cerveza en cerveza fue perdiendo la cabeza pero no la certeza de que su pobre noble corazón ya no aguantaría por mucho más el profundo socavón; y en la sazón de su embriaguez para desahogarse cometió la estupidez de pegarse con la pared, consiguiendo con tal desfachatez no solo sangrar sus manos en vano sino que le expulsaran del antro. En esa fría noche consumió demasiadas botellas, y una vez fuera, con su potada roció la fachada más cercana; miró a lo alto y en el cielo pudo contemplar las estrellas, sonrió, y de nuevo pensó en ella. Con vahído y abatido por el efecto de la languidez, se desplomó en el suelo con rapidez, pensando que la vida dejaba de tener sentido, que no era bella si no estaba con su dulce y preciada malabeña. Una vez más volvía a ser de madrugada, las farolas ya habían sido apagadas y él estaba tirado en plena calzada a causa de un coma etílico, es todo lo que había esperar

del melancólico alcohólico en que se había convertido.

Tras intensivos cuidados médicos despertó en una clínica dos días después y a sus pies pudo distinguir una silueta que le resultaba familiar. Creyó soñar, que aún permanecía bajo los efectos del alcohol o de la medicación, que su imaginación le estaba jugando una muy mala pasada, pero estaba en el mundo real y lo único que pasaba es que junto a él ella estaba.

Su mente colapsada no era capaz de procesar la realidad, y es que tras todo ese tiempo y dinero en su búsqueda invertido, tras tantos intentos fallidos, nunca se preparó para su regreso y por eso confuso no sabía si debía celebrarlo de alegría o descargar sobre ella su ira; tenía tantas preguntas que hacer: ¿Por qué le había dejado?, ¿dónde había estado?, ¿por qué no respondió sus llamadas y mensajes?, ¿por qué no se dejó ver cuando con tanto ahínco la buscó?, y la más importante: ¿Para qué había vuelto? Así que impasible, decidió callar y aguardar a que fuese ella quien le diera explicaciones, pero ella tan solo le dedicó una mirada compasiva y se limitó a sonreír; que es lo que querría decir con esa sonrisa, el silencio crispaba su paciencia, pero su mirada mucho más, no se pudo aguantar y acabo preguntándole todos los porqués que hace tiempo tenía preparado, pero ella continuaba sin hablar, no le dejaba de mirar sonriente, de repente se levantó le susurró al oído: cariño despierta, el desayuno está listo.

Abrió los ojos y se encontraba en su habitación, semidesnudo en la cama y ahí estaba ella en ropa interior con una bandeja repleta de fruta. Él no daba crédito ante la situación y ella viendo su cara de preocupación se acercó y le besó tiernamente la frente.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—Nada —dijo— pero si estar contigo es un sueño, que nadie me despierte.

INFIERNO

Segundo Premio, CCE Malabo

Marina Becheng Nguema Becheng

Una lluvia copiosa de abril había caído sobre la ciudad de Malabo tres horas antes. Algunas gotas de agua bailaban sobre el cristal de aquella ventana gris. El susurrar del viento hacía danzar las enormes hojas de aquel palmero que se podía otear desde mi cama. Mientras, el manto de la tenebrosa oscuridad cubría el cielo carente de estrellas de la capital. Desde la fría cama en la que me encontraba, veía aquellas gotas de lluvia, las cuales me evocan el día en el que mi tragedia comenzó. Un trasudor que pugnaba por bajar en mi cara, la cual estaba destrozada por los golpes, aquella cara que había aparecido en todas las redes sociales.

Las madrugadas evocan recuerdos de este abismo que se abrió en mi mundo, un abismo en el que conviven la soledad, el dolor, el vacío y la tortura. Los días se volvieron mustios y apagados, mi vida estaba envuelta en sombras y silencios. Pasaba la noche trepando por los muros del insomnio, me di cuenta que el sueño no es para los que sufren. Habían transcurrido ya veinte días desde que me ingresaron en aquella clínica por maltrato, no sé ni cómo llegué ahí ni quién me trajo. Sólo me llegaron recuerdos de aquella semana en la que todo se desmoronó.

Me desperté en la mitad de la noche. Porque había escuchado ruidos que procedían de la cocina, con el miedo a flor de piel iba gritando y me di cuenta que una noche más él había dormido fuera. Me senté al borde de la cama, con mis manos temblorosas me froté mi apagada cara, cuando de repente escuché un portazo. Me imaginé la historia que iba a contarme, me imaginé la tragedia familiar con la que me iba salir. Me hice la tonta como siempre, de repente se giró para cambiar de camiseta y vi aquella señal, una especie de hematoma descansaba en su cuello.

Era un chupetón, le pregunté sobre aquella señal y me respondió con evasivas y con palabras balbuceantes. Había logrado evidenciar una vez más sus infidelidades y su poca vergüenza. Me prohíbe que le exija, me silencia y me pide que deje de controlarle ya que es un hombre y puede hacer lo que le da la gana.

De repente, sentí sus manos agarrándome la melena, me adentró en el cuarto, clavó sus enormes ojos chispeantes sobre mí, me ridiculizó con insultos. Tenía la certeza de que estas palabras hacían más daño que los golpes, por eso no las analizaba antes de pronunciarlas, las soltaba con la intención de herirme, y lo conseguía. Conseguida que me sintiera mal y arrojaba toda mi dignidad al suelo. En un segundo, sentí que se exacerbaba con ira contra mí, sentí llover golpes en mi cuerpo, me pegaba con tal exaltación que disfrutaba haciéndolo. Me desmoroné en el suelo, él seguía implacablemente lanzándome puñetazos en todo el cuerpo. En nada, vi mi dolorido cuerpo rodando por las escaleras de aquella casa en la que nunca debí entrar. Sentí que era mi fin, que esta vez mi vida iba a acabar en manos de este hombre.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer? Estoy sola, ¡ayúdame!

Como si con aquella paliza no tuviera suficiente, me agarró y me poseyó con una violencia ahogadora, no sentía dolor físico, el cual llegaría después, en este momento, el único dolor que me ahogaba era el del alma. La noche seguía oscura, la luz tenue de las bombillas de la habitación miraban con gran estupor y silencio como aquel monstruo me violaba. El suplicio duró una hora que a mí se me hizo eterna, una hora en la que una avalancha de insultos y una interminable lluvia de golpes fueron los protagonistas principales. Con el corazón encogido cogí lo primero que encontré y me lo puse, para tapar aquellas marcas, y me dirigí al baño para lavarme, para borrar las huellas de aquel desastre. Que tonta fui en aquel entonces, llegando a pensar que esas marcas pudieran borrarse. Mientras mi cuerpo clamaba de dolor, noté un chirrido de la puerta. Era él, marchándose a pasar la noche con otra, mientras me dilataba de dolor. Se fue, después de descargar su embravecida cólera sobre mí. Me acordé del reportaje que vi una vez en la tele cuyo título era Tolerancia cero, me de-

tuve a mirarlo con mucho interés en aquél tiempo en que creía que si los hombres pegaban a sus mujeres es porque las amaban. ¡Qué error! En el reportaje se veía cómo mujeres de otro mundo luchaban por sus libertades, hablaban sobre violencia de género. ¿Será esto lo que me pasaba? Me preguntaba entre cortos suspiros. ¿Estaba siendo yo víctima de violencia de género? Tal vez mi situación no era parecida a la de aquellas mujeres que terminaron perdiendo sus vidas en manos de aquellos monstruos. Pero, ¿Quién me asegura que mi vida no podía acabar así? Hace poco golpeó mi cabeza contra la pared y me propinó esta paliza que me ha traído hasta aquí.

Sentía envidia por aquellas mujeres, porque las instituciones de sus países las respaldaban, todo un país se solidarizaba con su dolor y emprendían acciones a favor de su protección. Pero, ¿a quién podía dirigirme para denunciar que sufría palizas de mi marido si el hombre tiene derecho a golpear a su mujer según las costumbres del país? Recordé aquel día en el que me vi ridiculizada en la comisaría de Ela Nguema, cuando fui a denunciar a mi marido por maltrato y la respuesta que recibí fue esta:

—Dices que tu marido te ha golpeado, ¿Y desde cuándo es un delito esto? Veis mucha tele en este país y os montáis películas en la cabeza. Porque en Europa las mujeres denuncian a sus maridos solo por una pequeña discusión, ¡las blancas son unas sensibles!

Después de la última golpiza que me propinó, me fui con mi familia a contarles el infierno que he vivido desde que puse mis piernas en aquella casa:

—El marido está en todo su derecho de pegar a su mujer cuando ella se porta mal, tiene derecho a intimar con ella cuando le apetezca. Vuestros matrimonios no duran porque no sabéis soportar a vuestros esposos.

La respuesta de mi hermano mayor me descorazonó tanto que me dieron ganas de morirme, de estamparme en los brazos de la muerte y dejar de sufrir. Me inventaba risas, reflejaba una alegría falsa para sostenerme y no diluirme, me escondía detrás de esta apariencia de una mujer feliz con coches de alta gama y una vida cómoda, al lado de un hombre que fingía ser el mejor frente al mundo entero.

Después de pasar días en la casa de mi madre, que de nada me sirvió ir allí. Regresé como fui, con el alma rota. Volví a poner mis piernas en esta casa que no parecía casa, sino un pasaje de terror. Volví para intentarlo de nuevo con él, para salvar aquello que disfrutaban otros a costa de mi sufrimiento e infelicidad, lo que llamaban mis primos “buena vida”, porque abandonar este matrimonio era perder todas las comodidades de las que disfrutaba mi familia, dejar a este hombre me iba convertir en la comidilla de todos, dejar este hogar me haría volver a la pobreza. Estas y otras mil razones más me hicieron volver a su lado y seguir fingiendo como lo he hecho siempre.

Semanas después, los insultos volvieron a empapelar la casa, la tristeza en mis ojos, las palizas y las humillaciones tomaron otra vez; un papel en mi vida sin que yo pudiera pararlo ni evitarlo. El mundo se caía encima, no podía verlo, pero, ¡cómo iba verlo si tenía la mirada plantada en el vacío! Intentaba reconocerme en la imagen deformada que me devolvía el espejo. La boca rota, la nariz embarrada aun en su propia sangre, los ojos hinchados y con una lengua que hace mucho que no bebe agua, en síntesis, un cuerpo escalofriante. Mi cuerpo estaba con una autoestima paleada que iba muriéndose todos los días sin que la gente se diera cuenta, lo más triste, sin que yo misma me diera cuenta. Me sentía culpable, había permitido que me avasallaran, que alguien me arrebatara la felicidad. Porque nunca supe ver más allá de mis narices, no supe ponerle punto final a esta historia cuando comenzaron las primeras palizas. Las palabras enmudecen cuando no saben cómo dar consuelo. Tan solo con veinticinco años, de repente, sin esperarlo, sin estar preparada... La vida se acercó para susurrarme al oído, me golpeó sigilosamente sin que pudiera defenderme. Y así, entre lágrimas, gritos, y golpes, sentía que el mundo se detenía; simplemente, dejó de girar. Los minutos y las horas pasaban, y mi mundo seguía igual, al borde del abismo. Mi vulnerabilidad se convirtió en mi peor pesadilla. Lo que sentía en este momento no era dolor, era algo más desgarrante que el dolor. Me sentía culpable. Mi vida avanzaba en sucesivos puntos y parte y sin conseguir llegar al punto final. Miré hacia atrás y vi todos los capítulos que me había saltado en esta historia porque siempre me resulto más fácil pasar a hurtadillas por el dolor. El capítulo del no haces nada bien; el de soy un hombre y puedo

tener la cantidad de mujeres que me apetezcan; el de los empujones. Los capítulos en los que pasaba todo el tiempo al lado de jovencitas y sin la intención de esconder estas aventuras.

Después de todo, decidí sacudir el polvo de su tragedia, de arrojar todo al vertedero y seguir con mi vida, juré que jamás un hombre volvería a ponerme una mano encima. Decidí huir, ponerle punto final a mis risas llenas de dolor, a mi felicidad quebrantada, a mis palabras mutiladas. Ya no quería que me siguieran doblegando, ya no quería seguir maquillándome a cada segundo, intentando ocultar los golpes de mi cara. Ya no soportaba vivir así. ¡Ya no!

Solo quería que la vida me devolviera mi derecho a vivir, y a vivir de verdad, con el alma llena de paz, tranquilidad y sosiego. Llenar este vacío que me detenía, que congelaba mi optimismo y llenar esta soledad que me embriagaba y me abrazaba con tanta intensidad que terminaba ahogándome.

Era hora de dejarlo todo atrás, de quitarme el velo de la cara para no seguir ocultando los moratones, las marcas de sus puñetazos y los porrazos. Tenía que remar hasta llegar a un buen puerto, sin importar que me dolieran los brazos. Convertir cada derrota en una experiencia. Tocaba pasar página, y si fuera necesario, cambiar de libro. No quería seguir creyendo en la convicción de que la vida me había traicionado. Ya no quería seguir durmiendo en el vacío, ni permitir que me sigan torturando física y psicológicamente.

Cuando llegó él de sus salidas, le dije que me iba, que por nada del mundo iba seguir tolerando que me domine; y en su último acto de cobardía me propinó esta golpiza que me arrastró hasta este hospital.

EL CASO

Tercer Premio, CCE Malabo

Alejandro Salvador Ebozogo Ayungono

CAPITULO 1

Marc Jones era un detective de policía portentoso que ahora vive del boxeo callejero, a causa de que hace tres años su compañero de trabajo Herman le engañó en un caso que estaban llevando, al hacer creer a todos que era Marc quien estafaba a la empresa que estaban investigando y que además éste se adueñaba ilegalmente de los fondos de la policía, así que le condenaron a seis años en prisión, pero después de un año se le soltó por buena conducta.

Antes de ingresar en la cárcel Marc se hizo con el colgante de Herman y juró que se vengaría.

Después de su rutina diaria, comer, boxear y dormir, Marc se dirigía a su apartamento, cuando en el portal se encontró con un hombre trajeado todo de negro que se parecía más a un guardaespaldas que a un hombre de negocios.

—Hola —dijo el hombre de negro.

—Hola —respondió Marc.

—¿Es usted el Sr. Jones?

—¿Quién lo pregunta?

—Pues al parecer sí, mi jefe el Sr. Evans tiene un asunto para usted. El pago es muy alto.

—No me interesa —dijo Marc dándose la vuelta para coger el ascensor.

—¿Y si le dijera que mi jefe puede limpiar su nombre si hace el trabajo?

—¿Dónde está tu jefe? —dijo Marc precipitadamente.

—Calma señor, se reunirá con el Sr. Evans mañana. Pasará un coche temprano a recogerle —dijo mientras se marchaba— y por favor vístase formalmente.

CAPITULO 2

A la mañana siguiente, Marc estuvo frente al portal de su edificio esperando durante casi media hora y cuando ya se iba a dar por vencido apareció el coche, de él salió el hombre de negro.

—Suba al coche, el Sr. Evans le está esperando —dijo el hombre de negro mientras le agarraba.

—Bueno, pero no hace falta ser violento —dijo Marc mientras se subía al coche.

Aparcaron frente a un rascacielos, en la cúspide ponía las letras EVANS. Al salir del coche a Marc no le dio tiempo a admirar la infraestructura del edificio pues el hombre de traje le empujó. Pasaron por recepción directos al ascensor, subieron hasta la última planta, llegaron a una sala de espera muy ordenada frente a una gran puerta de madera.

—Espere a aquí —dijo el hombre de traje marchándose—, el Sr. Evans le recibirá después de su reunión.

Marc se acercó a la puerta, pues le pareció escuchar que alguien estaba teniendo una conversación tras ella, pero no podía entender de qué se estaba hablando y se volvió a sentar.

—Sr. Jones, puede pasar —dijo una voz que provenía del despacho.

CAPITULO 3

Al entrar Marc se percató de que no había nadie más, sólo un señor, aproximadamente de unos cuarenta años y que le estaba esperando con una cálida sonrisa.

—Buenos días, Sr. Jones, espero que la travesía haya sido de su agrado, por favor, tome asiento.

—De no ser por su escolta me habría ido mejor.

—Vamos no sea así, sé que Steven puede llegar a ser un bruto, pero cumple bien las órdenes.

—Eso está bien, pero, ¿por qué me ha hecho venir?

—Directo al grano, ¿eh? Me gusta. La razón por la que está aquí es que llevo recibiendo llamadas y correos amenazantes desde hace unos días.

—¿No ha considerado que podría tratarse de una broma?

—No, no lo crea porque esta mañana al entrar en mi despacho me encontré con un ramo de flores y una nota de amenaza, pregunté a mi ayudante y a la encargada de limpiar el despacho pero dicen que no saben nada. También eché un vistazo a las cámaras y nada.

—Y, ¿por qué no ha dicho nada de esto a la policía?

—Pues porque harían de esto un circo y muchas preguntas. Por eso quiero que me ayude, ya que tiene fama de ser muy discreto y eficiente.

—¿Tiene alguna idea de quien quería causarle algún daño?

—No. A no ser... Hace unas semanas atrás vino un hombre solicitando un empleo, observé su currículum y no tenía ninguna experiencia ni el nivel para un trabajo de oficina, así que se lo denegué, él se puso a gritar en plan violento diciendo que necesitaba el trabajo para poder pagar el tratamiento de su hijo enfermo, también dijo que lo pagaría muy caro, etc. Tuvo que llevárselo seguridad, porque si diese trabajo a todo aquel que se pone a lloriquear tendría más de cien mil empleados.

—Todavía tiene la ficha de aquel hombre.

—Sí —se levantó para abrir un archivador que estaba en la esquina, cogió un documento y se lo entrego a Marc.

—Gracias nos vemos —dijo levantándose para irse—. Por cierto, no se olvide de mi paga.

Salió del edificio para dirigirse a la casa de Tim, que fue quien solicitó el empleo.

CAPITULO 4

Estuvo varios minutos andando antes de llegar a la casa, era de tipo chalet con jardín delantero y una caseta del perro. Marc tocó el timbre y abrió la puerta un niño de unos doce años.

—Buenas tardes chico, ¿está Tim?

—Buenas ¿Quién lo pregunta?

—Mi nombre es Marc Jones y me gustaría platicar con él, si se encuentra presente.

—¿Sobre qué? —la voz procedía del interior de la casa y se estaba acercando.

—Supongo que eres Tim.

—Sí. Alex entra y deja hablar a los mayores.

—Ya que está listo, allí va la primera pregunta. ¿De qué conoce al señor Evans?

—Hace unas semanas atrás fui a solicitar un trabajo en la empresa de éste, pero en vez de eso me humilló, por tanto, comprendí que no hace falta que me den trabajo si puedo autoemplearme, con eso comencé a confeccionar ropa y por el momento me va bien.

—¿Así que no le guarda rencor?

—No, todo lo contrario, si él no me hubiese rechazado no habría desarrollado mi verdadero potencial.

—Bien muchas gracias por su tiempo —diciendo esto se marchó.

Al llegar a su apartamento, la puerta estaba entreabierta y se oía ruidos leves en el interior. Al entrar descubrió a dos hombres con pasamontañas revolviendo sus cosas, al darse cuenta de la presencia de Marc se lanzaron hacia él. Marc ya los estaba esperando, al primero le propinó un puño en la mandíbula derecha a la vez que esquivaba la patada retrocediendo un poco, contraatacó agarrando un libro que estaba allí tirado y le dio en la cabeza con todas sus fuerzas. Pero antes que Marc reaccionara le golpearon una silla en la espalda y huyeron. Tiempo después aparecieron los vecinos, pero ya era tarde, los malhechores ya no estaban allí, ayudaron a Marc a reincorporarse, le bombardearon con preguntas, más tarde se despidieron los vecinos y volvieron a sus casas. Marc estaba desconcertado, de ser ladrones normales se habrían llevado el dinero, pero todavía sigue ahí. “En fin, vaya día, será mejor irme a la cama”, pensó.

CAPITULO 5

A la mañana siguiente, después de levantarse hizo sus sesiones diarias de abdominales, desayunó luego se marchó no antes de conectar una alarma sencilla la cual consistía en atar un hilo fino casi invisible al picaporte de la puerta y el otro extremo del hilo estaba unido a la campanilla del portero que cuando la oyera llamaría a la policía. Se dirigió a al despacho del señor Evans. Le encontró con una cara sombría y el semblante agobiado.

—¿Qué le está pasando? —pregunto Marc— ¿O es que no ha desayunado bien?

—Lo que ocurre es que el malhechor me ha causado unas pérdidas del veinte por ciento en las acciones de la empresa- en su voz había una expresión de tristeza y súplica- por favor dígame que ya tiene al causante de todo esto.

—Bueno hasta ahora no tengo nada concluyente... A no ser que... Sr. Evans, ¿todavía tiene el envoltorio de las flores?

—Sí. Está en el cajón del armario de su derecha.

—Al parecer tiene muchos armarios, vuelvo —dijo levantándose para cogerlo. Al abrir el cajón, lo vio y también una foto del Sr. Evans con un joven. Al leer lo que estaba escrito en el envoltorio, se dio cuenta que era el nombre de una tienda.

Al salir del edificio se puso a buscar la tienda. Estuvo dando vueltas por toda la ciudad hasta que la encontró. La floristería se parecía más a un invernadero que a una tienda. Le recibió una mujer de avanzada edad con el cabello blanco y cuyos pasos ya no eran firmes.

—Buenas señora, soy el inspector de Hacienda —dijo mostrando una identificación falsa—. ¿Me deja ver el registro de ventas?

—Claro —se dirigió al mostrador cogió el registro y se lo dio.

—Gracias —echó un vistazo al registro y se dio cuenta de algo—. Hasta luego señora.

—Dios mío. La juventud de hoy no respeta nada —pensó la señora. De vuelta al edificio, se dirigió directamente al despacho del Sr. Evans. Estaba impaciente por hablar con él.

—Hola Evans ¿puedo llamarle así? Ya sé quién es el culpable

—Por fin. Y ¿Quién es? —estaba ansioso.

—Es usted.

—Yo. ¿Cómo puedo ser yo si puede saberse? —en su rostro había una expresión de burla.

—Si quería engañarme tenía que hacerlo mejor. Lo que me ha llevado a esa conclusión es que —mientras él hablaba se estaba tomando un whisky— uno, por la nota y las flores, ya que es imposible introducir unas flores en un edificio de alta vigilancia sin ser visto a no ser que sea uno de dentro.

Dos, la firma que vi en el registro era sin lugar a dudas suya, por qué confundirla, si la he visto todos los días encima de su escritorio y fin- dijo él relajándose- y por cierto, Herman ya puedes salir de tu escondrijo.

—¿Lo ves? Te lo dije, es extraordinario —dijo la voz saliendo de un armario— deberíamos haber hecho lo que te dije y pasar de tu absurdo plan.

—Si no me equivoco, tenéis algo que ver con lo que pasó en mi casa. Por cierto ¿qué plan? —preguntó Marc.

—Bueno —dijo Evans— ya que vas a morir de todos modos te lo voy a decir. La razón por la que quisimos darte este trabajito es porque queríamos mantenerte lejos de tu casa hasta que encontrásemos lo que nos quitaste.

—¿Qué es lo que os quité?

—¿Te acuerdas de aquel colgante? Ese colgante era una USB, que contiene pruebas sobre las estafas y los fondos de la policía, que nos comprometen a los dos. Yo hubiera preferido secuestrarte e interrogarte después para que nos dijese donde está. Pero él escogió mantenerte lejos y buscarlo nosotros, porque le gusta jugar con la gente —dijo mientras sujetaba una pistola— así que ya lo sabes danos el pendrive o muere.

—Con esto concluye el interrogatorio —dijo Marc riéndose—. De acuerdo muchachos ya podéis entrar —nada más decir esto, la policía interrumpió en el despacho rápidamente—, deténgales.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo Evans mientras era reducido y esposado por la policía.

—¡Esto! Verá, cuando escuché la voz de Tim en el despacho pensé que era mi imaginación. Pero cuando le vi en la foto y con lo de su farsa supe que algo tramaban. Así que me dirigí a la policía para pedirle un favor a un amigo, que grabara todo lo que yo escuchase. Siempre apuesto sobre seguro. Por cierto, en la cárcel conocí a gente que les encantará que estéis allí —la policía se llevó a Evans y a Herman. Sólo se quedó en el despacho Marc y el policía.

—Bien hecho Marc. Tendrás que pasar por el departamento para depositar el pendrive.

—De acuerdo. ¡Sabes, después de tanto tiempo hoy podré dormir en paz!

Relatos premiados por el
Centro Cultural de España en Bata

HIEDRA

Primer Premio, CCE Bata
Antonina Ada Okenve Obiang

Lo primero que oigo todos los días desde hace veinte años es el pitido de la alarma, siempre a la misma hora, las 7:00 h de la mañana. Me voy al baño, me aseo, elijo un vestido largo para estar más cómoda y bajo a prepararle el desayuno a mi hija. Ella baja todavía somnolienta, desayuna, sube a cambiarse y se va. Me falta por preparar el desayuno de mi marido, Paolo. Pongo sobre la mesa un plato redondo y grande acompañado de una taza enorme de leche humeante, así es como a él le gusta. Saco del refrigerador las salchichas y un par de huevos. De repente, pasa algo anómalo, algo que se sale de mi rutina: mi hijo está llorando a grito pelado.

Subo corriendo las escaleras y llego a la habitación de mi pequeño Juanjo. Me adentro en la penumbra del cuarto y le tomo en brazos. Tiene fiebre, mucha fiebre. Me dirijo, intentando calmar al niño para no despertar a Paolo, hacia el baño en busca de un antibiótico con el que aplacar la calentura del pequeño. No tardo en encontrarlo pues todo se encuentra ordenado en función del tamaño, nombre y peso, como lo estableció Paolo. Le doy a Juanjo la medicina. Vuelvo a la habitación, me siento en una mecedora y lo acuno para que se quede dormido.

Yo también me he quedado dormida. Alguien me está llamando a gritos. Es Paolo. He hecho algo malo.

En cuanto escucho mi nombre saliendo de su boca, a todo mi cuerpo le entra una temblequera horrible producida por el miedo. Siento pavor hacia mi marido, me da vergüenza admitirlo porque no debería temer a quien amo. Porque yo, de verdad, amo a mi esposo.

Cuando nos casamos yo sólo tenía dieciocho años recién cumplidos; mis padres estaban en una situación económica precaria y él los ayudó en cuanto a lo que eso se refiere; me trató como una reina, estábamos continuamente de viaje y me hacía regalos en todo momento, era muy adulator, me acuerdo que la primera vez que nos vimos me preguntó: “¿No te duele la cara de ser tan hermosa?”, y desde entonces quedé prendada de él. Era el hombre idílico. Sin embargo, todo cambió con el primer embarazo. Al principio todos estábamos felices con la llegada de una nueva vida, pero con el avance del embarazo las cosas se fueron tensando entre los dos; siempre que intentaba intimar conmigo daba la “casualidad” de que estaba cansada, me quedaba dormida o me daban mareos. Todo eso era normal en mi estado, pero para Paolo el estar “inactivo” le ponía de mal humor. A los ocho meses de embarazo me enteré de que me estaba siendo infiel.

Esa noche fue la peor de mi vida; lo enfrenté, gritamos, nos estábamos diciendo cosas terribles y, de repente, sin saber cómo, él llegó, quiero decir, yo llegué a los golpes y lo único que hizo fue defenderse. Sentí un golpe en la cara y, después, me sentí rodando por las escaleras. Todo era dolor. Veía todo nublado, sólo atisbaba un charco de sangre emanando de mí y a Paolo cargándome con una cara de crispación jamás vista hasta ese día.

Me enteré, tras dos semanas en coma, que nuestra hija había nacido muerta. Mi hija murió por mi culpa. Mi matrimonio fracasó por mi culpa. Paolo recurrió a otras mujeres por mi culpa. Y, cómo no, empezó a golpearme por mi culpa. Pensé que, con el nacimiento de Patricia y Juanjo, la situación cambiaría y cambió, pero a peor; los golpes eran cada vez más fuertes y más consecutivos.

Cada golpe que me propinaba me recordaba mi nombre y lo venenoso que suena. Así han pasado veinte años soportando golpes, insultos y humillaciones no sólo para autocastigarme por haber matado a mi bebé sino para evitar que la mano de Paolo recaiga sobre cualquiera de mis hijos.

Dejo cuidadosamente a Juanjo en la cuna. Salgo de la habitación

y cierro la puerta con suma delicadeza. Bajo las escaleras y al pie de ellas me encuentro con la figura colosal de mi marido. Sus ojos marrones desprenden un brillo especial que sólo se manifiesta cuando está enfadado. No le he preparado el desayuno y tiene hambre. Intento explicarle que el niño se ha puesto enfermo pero me calla de un manotazo. ¿Por qué hablo? ¿Por qué le falto al respeto? Cuando habla él no puedo replicar. No tengo excusa para no haberle preparado el desayuno, ni siquiera que el niño haya llorado es excusa, los niños siempre lloran. Debía haberle preparado el desayuno antes y después haber atendido a Juanjo. Todo es culpa mía, todo lo hago mal.

Las lágrimas corren silenciosas por mis mejillas mientras termino de prepararle el desayuno. Tengo que hacerle otra taza de leche pues la anterior se ha enfriado. Ya no me preocupo por limpiarme la cara para que no me vea llorar. Paolo, mientras desayuna, lee el periódico de la mañana y yo limpio la cocina. En cuanto termina cierra el periódico, se levanta, coge el maletín y se va dando un portazo.

Espero dos minutos para respirar a fondo. Hace mucho que su presencia me incomoda, entonces, cuando él no está, me encuentro mucho más tranquila. No tenemos asistenta, así que hago todos los quehaceres de la casa y dejo para después hacer la comida.

Tengo un secreto. Abro mi laptop, lo enciendo, espero a que se cargue y se actualice. En unos cuantos “clicks” accedo a mi cuenta de correo. Tengo un montón de mensajes en la bandeja de entrada. Voy eliminando uno a uno aquéllos que no me parecen interesantes. Pero me detengo en uno que dice “¿Por qué tan egoísta?”, lo abro y empiezo leyendo “Un hombre mata a su mujer delante de sus hijos, después los asesina ahogándolos en una bañera para luego quitarse la vida tirándose desde un sexto piso...”; el texto continúa contando los detalles, sin embargo soy incapaz de seguir leyendo, se me ha puesto la piel de gallina. Elimino el mensaje y continúo leyendo los mensajes de mis clientes. Soy agente inmobiliaria. Paolo no sabe que tengo un trabajo a parte del de cuidar de nuestro hogar y no quiero que lo sepa.

Cuando nos casamos permitió que terminara el Bachillerato e incluso me pagó la matrícula para la selectividad, la cual aprobé, pero dejó muy claro que no quería que trabajase. ¿Para qué trabajar si lo tenía todo pagado? Sólo tendría que cuidar de la casa y de los niños. La propuesta me pareció apetecible pero quería autorrealizarme, así que, haciendo caso omiso a Paolo, me matriculé en la UNED, saqué mi carrera y tras mucho esfuerzo conseguí mi primer trabajo.

La única que conoce mi secreto es mi pequeña Patricia. Mi niña es la luz de mis ojos, me ayuda a llevar todo este lío de la mejor manera posible; ella es mi mejor amiga. En ocasiones me dice: “Mami, dejemos solo a papá para que así no te vuelva a pegar”, y yo siempre le contesto: “Yo amo mucho a tu papi y él os ama a vosotros. Dejarle solo sería romperle el corazón”, entonces ella se tumba en mi regazo y me dice que estoy equivocada puesto que su padre no tiene corazón. Pero Patricia sólo tiene quince años, no sabe nada del amor carnal ni mucho menos del amor maternal.

Tengo una cita con una pareja que desea comprar una casa en la zona del “Cordón Verde” que pasa por Mondoasi. Suelo llevarme al niño conmigo ya que no puedo dejarlo solo. Antes me resultaba tener que enseñar las casas sin un coche con el que moverme cómoda y rápidamente pero, después de insistirle mucho a Paolo conseguí que me dejara ir a una autoescuela y me comprara un coche.

Son las 10:45 h. Patricia llegará a las 14:30 h y Paolo a las 15:00h, por lo que tendré que volver antes de la una para cocinar. Tengo una vida bastante cómoda, no debería quejarme, ni desobedecer a Paolo, ni derramar tantas lágrimas cada vez que me golpea. Él sólo lo hace porque le provocho. Sé que es buena persona y me quiere, a su modo, pero me quiere; debería ser más agradecida. Pero por otro lado, necesito hacer cosas por mí misma, no quiero depender de Paolo ni de ningún hombre.

Me ducho y me cambio de ropa. Elijo unas sandalias amarillas a juego con un vestido. Maquillarme me lleva demasiado tiempo. No me gusta emperifollarme con maquillaje pero no quiero que se vean los moretones.

Me miro. Mis ojos negros no brillan, están afligidos y cansados. Para alegrarme pienso que todavía sigo siendo guapa, pero la sonrisa que se me dibuja es triste. No quiero estar triste. Pero me lo merezco.

Ya tengo las cosas del niño preparadas. No ha vuelto a tener fiebre y sigue dormido. Le cojo y le coloco en su carrito. Son las doce. Me he demorado bastante. Empujo el carro para salir, pero la puerta se abre inesperadamente.

Es él. ¿Qué hace aquí a esta hora? Me pongo nerviosa y él lo nota enseguida. ¿A dónde voy? Miento, y él lo sabe. Pero me deja ir después de meterme más miedo en el cuerpo. Sin embargo, cuando estoy llegando al umbral de la casa “Tanto cielo perdido” de Sheila Durcal suena en mi bolso.

Me están llamando, seguro que es la pareja de la casa. No puedo coger esa llamada delante de Paolo, se daría cuenta de que hay algo que no marcha. Espero a que suba, pero no lo hace. Está plantado delante de mí. ¿Por qué no contesto? No espera a que responda. Me quita el bolso y lo abre. Coge el teléfono, sólo le basta leer lo que pone en la pantalla (“Clienta de la Casa de Mondoasi”) para explotar. Tira el teléfono al suelo y hace lo mismo con el laptop. Me echo hacia atrás llevando conmigo el carro del niño que, con el ruido del ordenador rompiéndose, se despierta y rompe a llorar.

Intento explicarme entre balbuceos, pero él, sin piedad, aparta el carro de una patada volcándolo al suelo. El niño llora aún más fuerte, como si se diera cuenta del peligro que corremos. Voy corriendo a levantarlo, pero Paolo me agarra del pelo y me tira al piso. Golpea mi cabeza contra la pared y me arrastra por las escaleras. De mi boca salen alaridos terribles por el dolor, pero en lo único en lo que pienso es en calmar a Juanjo. Me empuja contra la pared sin mucho esfuerzo, mi peso no es rival contra el suyo, pero aun así lucho, literalmente, con uñas y dientes.

Consigo zafarme de sus fornidas manos y bajo las escaleras a galope; se me tuerce el tobillo, me da igual. Consigo coger a mi pequeño antes de que Paolo embista con una bofetada que me deja prácticamente ciega. Me arrimo hacia atrás en busca de objetos que lanzarle.

Encuentro fotos nuestras. Se las tiro deseando que lleguen a la cara. Consigo atinar en la frente, de la que empieza a salir sangre, pero eso no le detiene. Paolo salva la distancia que nos separa en tres zancadas. Me coge del cuello y presiona fuerte. Aprieto igual de fuerte a Juanjo, tanto que tengo miedo de que sufra mi asfixia. Aflojo. Él no afloja.

Dios mío, va a matarme, va a matarme delante de nuestro hijo. No quiero morir, no quiero morir así, no me merezco morir de una forma tan miserable. Qué duro es admitir mi cruda realidad. Voy a morir a manos de un machista insensible que nunca me amó, que me golpeó sabrá Dios porqué y que no quiere a sus hijos; lo que más me duele es que he sido yo quien ha dejado que la situación llegue a este extremo, quise cegarme con falsas esperanzas y con falsos argumentos. Sólo he conseguido que mi vida se resuma como “víctima de la violencia doméstica”. Lo miro a los ojos por primera vez en años y lo que descubro me sorprende gratamente. Él, que se supone fuerte y dominante, está asustado, tiene miedo. Sonrío. Me siento desvanecer, pero sonrío porque él tiene miedo.

Han pasado dos largos años. El incidente me parece cada día una pesadilla que se encuentra a años luz de aquí. Al parecer los golpes que me asestó Paolo fueron tan graves que tuve que quedarme en rehabilitación durante varios meses. Mientras tanto, Paolo moría solo de un tumor cerebral en la cárcel tras ser detenido gracias a Patricia. Pasé mucho tiempo yendo a psicólogos y entendí que mi caso era mucho más grave de lo que creía, el que me golpearan no sólo me afectaba a mí sino también a mis hijos.

A lo mejor estoy loca por hablar conmigo misma frente a un espejo, pero un poco de locura no viene mal a veces. Normalmente mi nombre suele ir acompañado del adjetivo “venenosa”. Y normalmente la gente sólo se fija en el adjetivo. Yo soy esa planta que invade las casas y los bosques y agrieta los muros. Pero también soy una superviviente de los bosques europeos; no invado tu casa para hacerte daño, la invado para curarte con mis hojas y evitar que alimañas acaben con lo que guardas en el interior de tu casa.

“Me llamo Hiedra. Eres madre soltera de dos hijos hermosos. Viuda. Has sido víctima de violencia doméstica. Has sufrido mucho pero has sido capaz de seguir adelante habiendo aprendido de tus errores. Mírate, tus ojos brillan de nuevo, irradian belleza, magnificencia y fortaleza.”

De la única persona de la que dependes para ser feliz es de ti, de nadie más, eres capaz de valerte por ti misma. Te prometo que, de ahora en adelante, no dejaré que nadie vuelva a levantarte la mano, humillarte o insultarte, te alejaré de quien no te respete y te mantendré siempre a lado de aquellos que sí te quieren. Así que por el poder que me confiero yo misma, te declaro mi esposa. “Hiedra, puede besar a Hiedra”. Le doy un beso a mi yo del espejo. Sonríó, pero esta vez lo hago porque sé que a partir de ahora seré feliz.

EL SILENCIO QUE NUNCA SALVA

Segundo Premio, CCE Bata/
M^a Graciela Abogo Esono Nchama

El viento vespertino hacía danzar suavemente las hojas del aguacate, plantado frente aquella casucha de madera vieja y corroída. Todo estaba en silencio, no se oía salvo el cantar de las aves que iban de árbol en árbol. El sol anunciaba su caída escondiéndose tras unas nubes gruesas. La noche no tardaría en consumir el firmamento.

Ana, se hallaba en el interior de la casa, agazapada contra un sillón, preguntándose si aquella pesadilla que era su vida algún día acabaría. Su hijo de diez años también se encontraba con ella, los dos agazapados sobre el frío suelo de cemento, escapando de un mismo destino, huyendo del mismo monstruo. El desbocado corazón de ella se balanceaba en su pecho, consciente del peligro que les aguardaba a ella y a su hijo. La bruma del momento impedía respirar con libertad pero sabían que tenían que aguantar.

—¿Dónde estás, Ana?! —bramó una voz masculina desde la puerta. Cuando ella elevó la vista lo vio a él, con su fría y asesina mirada penetrante, él tan potente y fornido, él tan cruel, sin remordimientos ni escrúpulos. Él no tendría piedad. Con un machete afilado, el hombre se acercó a ellos y agarró a Ana del brazo, zarandeándola y levantándola con brusquedad del suelo, separándola así de su hijo, del hijo que era de los dos.

—¡No, suéltala! —forcejeó el muchacho contra su progenitor.

—¡No te metas en lo que no te llamaron, chico! —apartó el hombre al joven asestándole un golpe seco en la cabeza con su afilado machete. El niño cayó inerte al suelo, formándose un riachuelo de sangre bajo él.

El muchacho solo estaba desmayado.

Los gritos de angustia de Ana se intensificaron aún más, solo quedaba ella frente al tigre felino. Aunque hizo un ademán de escapar, sabía que era inútil, su tiempo ya había llegado. La sádica mirada que le

lanzó el hombre que ella había considerado su marido, durante casi veinte años, le anunció la llegada del primer machetazo. En ese momento Ana vio toda su vida pasar, mientras era abatida bárbaramente a filo de machete. Ahora que sentía su cálida sangre recorrer todo su cuerpo hasta tocar el piso se arrepentía de muchas cosas.

Recordó aquellos tiempos, cuando sólo tenía diecisiete años, cuando aún gozaba de la belleza juvenil y que todavía poseía la inocencia infantil. En estos días de desenfrenada corriente vital, adrenalina y curiosidad se había sentido invencible, como si nada pudiera ocurrirle.

Los estudios nunca habían sido su gran prioridad, así que, cuando su padre se enfermó ella se dedicó en cuerpo y alma a él, olvidándose de sí misma. Los hombres habían sido escasos y el dinero también, al menos no lo suficiente para pagar a su padre el tratamiento médico y las recetas que necesitaba.

No había nacido de una familia económicamente estable, por lo que tuvo que labrarse un futuro ella misma, a base de trabajos forzosos. Nunca nadie le había regalado nada gratuitamente, la vida tampoco le había sonreído. Intentó salir adelante lo mejor que pudo, matándose y trabajando de sol a sol, sin descanso ni distracciones, aceptando cualquier trabajo miserable que le caía entre manos, vendiendo unas ya pútridas hortalizas, bajo el incesante sol, en el mercado de Bikuy. En ese momento crucial en el que la adolescencia se apagaba y resurgía una mujer madura y con responsabilidades, cuando la cruel realidad se aferraba a sus ojos y las fantasías infantiles se evaporaban en la sevicia de la vida cotidiana, justo en ese momento conoció a Pedro Abaga.

Él era apuesto, un joven obrero con un futuro estable y que encima prometía el cielo y la tierra. Ella, una niña inocente, deseosa de un poco de amor y de apoyo. Alguien que acababa de descubrir lo cruel podía ser el mundo. Pedro acostumbraba a esperarla en una esquina, no muy lejos de donde ella tenía su improvisado puesto de hortalizas; no pasaba día que no fuera a buscarla.

Los piropos y los regalos que siempre le hacía fueron la martingala con la que él intentó convencerla de su amor. Ana abrumada por la constante loa y las dulces lisonjas no tardó en rendirse a sus encantos. Los dos eran jóvenes y estaban enamorados, tenían mucho futuro que explorar y experiencias que vivir.

Su noviazgo fue el momento más feliz de Ana, con risas, demostraciones del cariño que se profesaban y las constantes promesas de un futuro mejor. Se había sentido tan bien entre los brazos de Pedro, tan protegida y amada. Su conquistado corazón no volvió a dudar, era él el amor de su vida, la media naranja que había estado esperando. Como una adolescente que construye castillos en el aire, Ana se imaginó una vida de camino de rosas y felicidad eterna, así que, cuando Pedro le pidió matrimonio, no tardó en aceptar. La boda fue una gran celebración tradicional en el pueblo de ella, con muchos invitados, un gran banquete y una dote de precio astronómico. En esos momentos había sido feliz y había disfrutado cada segundo con su amado y querido esposo.

Pero con el correr de los años, las cosas fueron cambiando poco a poco, sin que la misma Ana se diera cuenta, ajena al destino fatal que la aguardaba. Al tener a su primer y único hijo años después, el cambio de su marido fue radical y total. No dormía en casa y todas sus pagas mensuales del trabajo iban a parar en manos de sus amantes y en bares, haciendo a su mujer e hijo pasar hambre, sin preocuparse por ellos. Ella solo había intentado hablar con él, hacerle entrar en razón, pero lo que no sabía era que el amor que antes él le había profesado se había consumido tan rápido como hojas secas al fuego.

A los pocos meses comenzaron los maltratos verbales y a más que se marchitaba la rosa de la pasión, que algún día hubo entre ellos, más violenta e insoportable se volvía la situación. Día a día veía la imagen de su marido desdibujarse frente a ella cada vez, hasta convertirse en algo desconocido, una faceta de él que no conocía. Su amado, al que había creído conocer se mostraba ahora ante ella con un lado bipolar, que a fuerza de ocultar ahora resurgía con ímpetu.

Recordó la primera paliza que le había propiciado su marido, la primera alerta, el primer signo de peligro que había elegido ignorar. Ella le había dicho que su padre estaba peor y que necesitaba ayuda económica para pagar su habitual tratamiento, él solo la había lanzado una mirada iracunda. Ana intentó insistir con las suplicas pero él la calló con un sonoro bofetón, cuyo impacto resonó en todo el cuarto. La disputa no se hizo de esperar. La mujer le reprochaba sus ausencias y sus constantes borracheras, Pedro, hartó por la incesante verborrea de ella, ni siquiera él mismo supo el momento en el que su mano se alzó contra su esposa y ya no pudo contener su furia, entonces arremetió contra ella echándola al piso y pateándola como si fuera una pelota. Ana había quedado tan irreconocible, con la cara llena de moretones y el cuerpo con más cardenales que en el vaticano. Este había sido el principio de una vida de peleas constantes, sin arte ni parte para la paz, en donde cualquier motivo, por muy nimio que fuese era *casus belli*.

Un dolor picante consumía a Ana, apoderándose de su corazón; era como si un alfiler candente se clavara en su interior, al observar aquello en lo que se había convertido su marido, en esa bestia deseosa de sangre, fiera sin alma. Se preguntaba si de verdad era aquel el hombre cariñoso y amable que ella había conocido. ¿Dónde había ido a parar el Pedro alegre, el que le prometía eterno amor? ¿Dónde estaba aquel hombre que la trataba con caballerosidad, aquel con el que tantas veces se había consumido en un torbellino de pasión, con el que había sido uno? Ana sentía la afilada hoja del machete traspasar su carne, cuan cuchillo caliente en mantequilla y era intenso dolor, tal como había sido intenso amor, intensa pasión e intensa lujuria. El corazón era muy engañoso, ella comprendía ahora que el amor podía ser tan efímero como un abrir y cerrar de ojos, que para pasar del amor al odio no había más que un minúsculo trecho, que la promesa de una vida feliz podía acabar con una escena tan macabra como la suya.

¿Cuántas veces había hecho sus maletas? Aquellas veces en la que había tomado esa decisión de irse, de salvarse, pero que por alguna razón había vuelto a quedarse en el mismo infierno disfrazado de hogar. Había optado por repetir la misma pesadilla una y otra vez, ignorando su instinto

de supervivencia, ignorando que nadie se merecía aquel maquiavélico trato.

Había tenido tantas oportunidades para gritar, para hacer oír su voz, pero decidió quedarse en silencio. Podría haberse ido en cualquier momento, haberse librado de esa suerte, desgraciadamente, ni ella misma se creía que su marido fuera aquella bestia que arremetía contra ella.

El golpe definitivo fue tan cruento que con él sintió irse el peso de todo ese tiempo en silencio y toda la angustia que se había acumulado en su interior. Ese golpe evocaba todas las lágrimas que habían salido de ella, todas esas veces en las que había intentado suicidarse y todas aquellas tardes en las que se había encerrado en su cuarto. Todo se acababa con aquel golpe y ella lo sabía. Antes de que la oscuridad de la muerte la consumiera, se acordó de su hijo, que desmayado se encontraba tendido en el suelo, ¿Qué sería de él ahora que ella se iba? Solo lamentaba no haber sido fuerte por él.

Sintió sus ojos parpadear pidiendo sumirse en un sueño eterno y el cielorraso en el que estaba clavada su mirada se desdibujaba cada vez más. Lo último que vio fue la oscura sombra de su marido cernirse sobre ella y la maquiavélica sonrisa que centelleó entre sus labios. Esa fue la aterradora imagen que la acompañó hasta la eternidad. Segundos después, el principio del movimiento se iba de ella.

Estaba muerta, una masa de carne fría e inmóvil, inerte, sin sueños, sin vida y sin esperanzas. Con ella se moría todo lo que había podido hacer para escapar de la muerte, con ella se iba el silencio que había guardado durante tantos años, con ella su amor por su asesino y con ella todos los recuerdos de sus días de felicidad junto a Pedro.

Se moría por no haber querido denunciar a su marido, por haber protegido a su agresor y por haberle dado alas para continuar. Como muchas guineanas, ella había creído que nadie podía hacer nada por ella, ni su familia, ni las autoridades, ni la promoción de la mujer. Y así se moría, en la sombra de un asesino que jamás será condenado lo suficiente para saldar su deuda, un psicópata encantador que había ido consumiendo

su vida poco a poco. Jamás sería recordada como una heroína, tampoco llorarían su muerte; tal vez su hijo vertiera alguna que otra lagrima pero allí acabaría. Ella no había sido nadie, porque decidió borrarse, al negarse la libertad, al negarse el derecho a vivir y a ser feliz, al negarse a ella misma como persona.

Su inquieta alma divagaría por el mundo sin identidad ni destino, lloraría desde el inframundo, intentaría gritar y forcejear contra su suerte, contra su silencio, pero ya será demasiado para pelear y demasiado tarde para defenderse. Todo habrá acabado con un machetazo.

Quizás ella estuviera pagando los errores que había hecho en su pasado, quizás fuera el karma el que había decidido su macabro final, tal vez los demonios que había acumulado en su interior habían acabado con ella misma. Y habría muchos quizás, un millón tal vez, pero un solo error y un solo demonio, Pedro.

Mujeres que en vez de enfrentarse a la situación optaron por acomodarse a ella, callando y aguantando en silencio, mujeres que se olvidaban de que ellas también eran personas y que por lo tanto, no se merecían ningún trato inhumano.

Aquellas que se silenciaron y no dijeron: ¡No a la violencia de género! Las que jamás serán escuchadas y que guardaron celosamente su dolor, que vivieron en pena, protegiendo al monstruo, el mismo hombre lobo que luego las rasgó el corazón, aquellas mujeres también murieron con Ana.

TU SILENCIO NO PODRÁ SALVARTE

BAJO PELIGRO DE MUERTE

Tercer Premio, CCE Bata

Álvaro Mbuel Nzie

En un lugar de Transilvania cabalgaba un anciano moribundo que de cara al sol, su delicada y espeluznante espalda horadaban sus movimientos. A lo lejos observé que se amainaba la piel, a cada paso que daba se atestaba de dolor, de temor y de refugio. Parecía como si algo no le dejaba dormir, su alma misteriosa se escapaba de las tinieblas y su mirada avivaba el deseo que tenía por dentro. Por desgracia mi retina cristalina no pudo sonsacarle más información debido a la brisa enfurecida que se produjo a nuestro alrededor y dirimió mi curiosidad que poseía por querer ver cómo acabaría el anciano.

La brisa enfurecida me condujo hasta un bosque aislado e inquietante, rodeado de habas y sediento por la cabellera. Cerca de mí se contemplaba una galería cargada de cuajares llenos de sangre y por debajo había un sótano en el cual se escondía una cripta caracterizada por avatares fúnebres. No me percaté enseguida porque me di un golpe con un arbusto, de modo que me puse a eclosionar figuradamente, ya me pesaban los ojos y no podía esclarecer mis sentidos solo veía desaparecer la sombra del anciano. Intenté levantarme pero de repente sentí un enorme golpe sobre mi espalda, era como si pasara un camión por encima de mí y en estos instantes solo me acordé de cómo cabalgaba el anciano. Tras el golpe me quedé profundamente fuera de lugar o lo que se dice dormido y omitido.

Pasadas unas horas indefinidas me hallé en un espacio abierto, a mi izquierda tenía un espejo atiborrado de sangre, a mi derecha había una lista de personas que servían para el almuerzo, arriba se observaba un cielo oscuro pleno de horrores y errores. Creí que aún estaba dormido y me dije

a mí mismo: “despierta...despierta”, pero solo logré despertar a dos monjas desalmadas que venían a venerar a su dios o quien quiera que fuese su líder.

Oraban en otra lengua, no pude descifrar lo que decían hasta que una de ellas proclamó el nombre Alucard. “Alucard”, volví a repetir mientras mi mente daba vueltas pensando que podía ser otra cosa. Me parecía un delirio lo que iba a decir, por lo que intercambiando la posición de las letras de Alucard o en su defecto leyéndolo de derecha a izquierda llegué a determinar que el jefe de todo este mundo misterioso, oscuro y maldito era Drácula, el jefe de los clanes de vampiros. Mucho me temo que ahora solo podía decir: “tierra trágame”, de modo que ya no me quedaba más remedio ni refugio. Estaba atado a una estaca y mi sangre corría más rápido que una corriente eléctrica, mi mirada era como la de una vaca de ganado; ya me sentía desalmado y perdido pensando que perdería la vida en cualquier momento, mientras que en mi corazón solamente podía aflorar y conservar más temor y curiosidad. La noche era maldita y misteriosa, las nubes lucían de sangre humana recién obtenida.

Todo olía a espectáculo, las monjas continuaban venerando; era como si los fieles de Drácula necesitan a un par de *Neanias*, o sea, una pareja de doncel y doncella con sangre pura que sirvan de sacrificio para el gran despertar del dios (Drácula). Por lo que detrás de mí se acercaban siete vampiros y delante otros siete que traían a una doncella tumbada y atada en un *léctico* (cama). La dejaron junto a mí; intenté averiguar de quién se trataba, pues la doncella no confiaba en nadie, hasta me escupió cuando quise tocarla; creía que yo era uno de ellos. Pero mientras los vampiros cogían las velas y demás objetos para el gran despertar de Drácula, yo trataba de explicarle murmurando cómo había llegado hasta aquí. Al final se dio cuenta de que no era uno de ellos, yo también me di cuenta de que no era una doncella cualquiera; era nada más y nada menos que la princesa de Transilvania, una mujer bonita por dentro y por fuera era otra maravilla, en definitiva, una *acuachi*. “Ahora entiendo por qué la habrán escogido a ella”, me dije a mí mismo, porque nada se podía comparar con la belleza de la princesa. Y en tanto que me ponía en plan romántico, los fieles abrieron el suelo en donde estábamos tumbados, y de repente

nuestra superficie descendía como un ascensor; en medio de los dos estaba una caja y dentro de la caja se hallaba la guarida del impetuoso Drácula, alrededor se contemplaba una serie de agujas de sesenta centímetros que nos apuntaban acentuadamente.

Nos dejaron en un lugar penumbroso, más bien tenebroso en el que solo llegaba luz por el medio del tragaluz. Pero, mientras las monjas veneraban y los fieles abrían la guarida de su líder, nosotros tratamos de idear un plan para postergar el ritual de sacrificio. La doncella, digo, la princesa tenía la idea de abrir más el tragaluz, o sea, intentaba atravesarlo con un haz, pero en todo caso no iba a ser posible porque no disponíamos de objetos punzantes o cortantes, además estábamos atados.

Está claro que ahora me tocaba idear un plan; pues ya que los fieles y las monjas necesitaban un par de jóvenes con sangre pura para resucitar al Conde Drácula, entonces le dije a la princesa que nos *afilemos* (tener sexo). Solo así podríamos impedir que Drácula resucite, ya que una vez desflorados el sacrificio ya no daría beneficio. La princesa se detuvo a especular sobre ello, pero le dije que ya no teníamos mucho tiempo; las monjas nos escucharon, pero al final aceptó la princesa. Debo reconocer que me sorprendió que la bella doncella haya aceptado transparentemente. “Seguro que siente algo por mí”, decía mi corazón mientras mi mirada permanecía sobre la melena y en la cadera de la doncella. No obstante, no sabíamos cómo íbamos a empezar a hacerlo, ambos estábamos atados, aunque, yo podía moverme; de modo que empecé a danzarme dando movimientos bruscos junto a las rocas o paredes que nos rodeaban, arrastrando y raspando la cuerda en la pared. Cuando logré desatarme, inmediatamente desaté a la princesa y en ese momento nos desnudamos rápidamente y aunque no sabíamos lo que iba a pasar, por dentro nos fluía la pasión a ambos y por fuera había una terrible atracción incontrolable.

Esas chispas que sonaban a cada golpe de calor que producían nuestros besos, nuestras pieles o tal vez nuestros miembros se hacían cada vez más fuerte que las ansias de querer sobrevivir. Tanto que me resultaba difícil no posar las manos sobre los senos frescos y puntiagudos de la joven

princesa que, por su parte, me hacía un juego de caderas y unos tocamientos en mis zonas más vulnerables, lo que provocó que pudiéramos desflorarnos llenos de orgasmos y de forma rápida, de tal manera que lo único que recuerdo es que su cuerpo, su piel, eran salvajemente buenos. Era todo maravilloso, ella ahí exhibiéndome su desnudez y yo atraído por ella como un imán en un campo magnético, quien lo veía todo era completo para un dios.

Hicimos el amor a oscuras lo más rápido posible, no pude fijarme en más detalles deleitantes, pero me percaté de que llevaba una marca en la muñeca derecha, era como si fuese una marca tradicional de muchos años o como si fuese hereditaria; cuando intenté preguntárselo ya se daba la vuelta, y ahora en frente de mí estaba su cuerpo, un cuerpo que, por cierto, era tan fino, resbaloso y por supuesto muy atractivo y conmovedor. Mientras que sus manos estaban por encima de mi hombro acariciando mi espalda yo me fijé en su ombligo, y vi que también llevaba una marca, pero esta vez estaba seguro de que era una marca que llevaba su nombre, al parecer la princesa se llamaba Dafne, la única hija del rey Edgar y por tanto la única heredera al trono. Me quedé pensativo y sorprendido; sabía que Dafne era una princesa, pero lo que no sabía era que Edgar fuera su padre o lo que es peor aún, empecé a sospechar que la misma princesa no lo sabía porque en todo ese tiempo la tomaban como desaparecida, lo que explica que esté en ese lugar, aunque eso significa que alguien quiere verla muerta. Ya no me dio tiempo de seguir especulando, por lo visto se acercaban hacia nosotros varios esperpentos de vampiros.

—¿Habrán acabado el ritual? —preguntó Dafne atemorizada.

—Creo que sí —le respondí un poco confundido.

—¿Y qué harán ahora? ¿Oyes algo? —volvió a cuestionarme mientras seguíamos acostados.

—No, tranquila, tranquila, creo que vendrán a por nosotros —le respondí desesperadamente mientras continuábamos con mi plan.

Llegada la hora de alzarnos para concluir el sacrificio final a su merced, los fieles nos pillaron en tal situación, amorosa y desafiante. De tal manera que todos sus esfuerzos se desvanecieron y en seguida una

de las monjas saltó en plan macabro para acabar con la doncella, mientras los fieles se acercaban a mí en plan vengativo. Nos acechaba el peligro mas no teníamos otra alternativa que llevar rápidamente la indumentaria y ponernos en plan peliculero. Desaté algunas agujas que nos apuntaban alrededor, la princesa cogió un par de cuerdas y las estacas que estaban atadas a nosotros, de ese modo juntos comenzamos a danzar de un lugar a otro perforando y horadando los corazones de los vampiros.

Todo se convirtió en una masacre, había sangre por todas partes, los murciélagos yacían alrededor y cada vez que moría un vampiro las nubes se volvían más claras y esbeltas. Ahora bien, ya carecíamos de brío para perseverar la lucha, me hirieron gravemente, también hirieron a la princesa y solo nos quedaba enfrentarnos al espíritu de Drácula que surgió por el fracasado intento de desesperación por parte de sus fieles. El caso es que estábamos acabados, no había forma de huir, el espíritu lanzaba ecos que maldecían y producían vientos violentos que nos tiraban de un lugar a otro. Sin embargo, cuando iba a producir su último eco, de repente le sorprendió una lanza. No me lo podía creer, pero era aquel viejo que cabalgaba, él le tiró la lanza al espíritu maldito. Y, mientras yo miraba sorprendido, el viejo nos indicaba que la salida estaba en la siguiente esquina, dos galerías a la derecha.

No quería dejarlo solo pero la princesa me conmovió y aunque no quería hablar de ello, algo me decía que la doncella también conocía al anciano ése ya que se puso nerviosa y vengativa cuando lo vio. Pero bueno, fuimos hasta donde nos indicó el viejo, sin embargo, no había indicios de salida, aunque la pared que estaba a la izquierda parecía un mapa eléctrico, de modo que nos pusimos a especular con el fin de esclarecer el contenido del mapa donde aparecían las siguientes palabras: *opidum, flumen, silvam, ventus...* Pudimos descubrir que las palabras que había en el mapa eran los lugares por los que habíamos pasado o por los que nos hicieron pasar para llegar hasta aquí, pero faltaba un lugar, era el lugar en el que estábamos. Entonces pensó la princesa, y dijo: “Luego, la clave está en decir el lugar, y decir puerta ábrase”. “Sí, pero ¿cómo lo hacemos? Tendríamos que decirlo en latín porque todas las palabras están en latín”, le pregunté a la princesa

mientras ella revisaba unos manuscritos de los libros y diccionarios que había alrededor. “Luego está claro que solo deberíamos traducir la frase en latín”, dijo la princesa, mientras buscaba rápidamente las palabras en el diccionario.

Mientras tanto al fondo de la segunda galería se escuchaba las peleas y vibraciones del espíritu; en este instante la princesa y yo nos dirigimos una mirada inquietante. Las vibraciones crecían, los corazones latían, las voces sonaban hasta que ¡bummmmm!, feneció el viejo, el espíritu maldito lo ancló en sus ecos espeluznantes y lo devoró por inmiscuirse en lo que no debía. Ahora se dirigía hacia nosotros, se podía contemplar el reflejo de su sombra que se alzaba en el pasillo inferior; cada paso, cada latido de mi corazón me azuzaba a asesar al espíritu maldito, era grande la sed que tenía por acabar con ese espíritu, pero solamente me preocupaba algo, la princesa, ya que tenía que esconderla en algún sitio para que no la encontrara el espíritu, pero, pasó lo siguiente:

—No te preocupes, lucharé contigo —dijo la princesa.

—Es demasiado arriesgado no lo puedo permitir —le dije.

—Ya estamos atrapados solo nos queda luchar —ella insistió.

—Sí, pero al menos tiene que vivir uno de los dos —le dije.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó la princesa.

—¿No lo entiendes? No quiero que te pase nada —insistía yo.

—¿Y por qué no quieres que me pase nada? —me dijo.

—Porque sé quién eres realmente.

—¿Qué estás diciendo? Dímelo por favor.

—Mira, sé que te llamas Dafne y que también eres una princesa — intenté aclararle la situación.

—Eso ya lo sabía, me secuestraron e intentaron matarme —dijo Dafne.

—Sí, pero lo que no sabes es que tú eres la única heredera al trono de Transilvania, todos te daban ya por muerta. Eres la única hija de Edgar y debes volver a reclamar lo que es tuyo.

—¡No puede ser! ¿Cómo sabes todo esto? ¡Eso no es cierto! —dijo Dafne confundida.

—Lo sé porque conozco la historia de las marcas que llevas en la

muñeca y en el ombligo.

—¡Eyyy, lo que estás diciendo es muy fuerte! Si es cierto luego mi prima Almudena, la reina actual es una impostora y ella mató a mi padre —dijo Dafne deprimida y muy enrabiada.

—Y al parecer intentó matarte a ti. Dafne, me temo que tú y yo corremos peligro de muerte —le hablé seriamente.

—¡Claro! Por eso mandó al viejo que acabara conmigo, ella quiere verme muerta y no desaparecida —pensó la doncella.

—Un momento, un momento, ¿el viejo ese de las lanzas? No puede ser. ¡Claro! Ahora entiendo por qué te pusiste así cuando lo viste —me impresioné.

—Sí, fue él, ya no pudo matarme porque le sorprendió un vampiro —habló Dafne mirándome fijamente.

—Ahora entiendo todo, Dafne, tenemos que salir de aquí pero ya, no nos queda mucho tiempo el espíritu puede aparecer en cualquier momento. Mírame y escúchame bien no quiero que te pase nada malo no me lo perdonaría —la hablé desesperadamente.

—¿Y el porqué de todo esto? —me preguntó preocupada.

—¿Todavía lo preguntas? Pues por... que te... quiero.

En ese instante nuestras pieles amainaban, nuestras miradas rutilaban y nuestros labios se acercaban y en silencio sonaron dos cosas: un beso y unas ondas emitidas por aquel espíritu. Las ondas nos hicieron atravesar el mapa eléctrico dándonos paso al mundo exterior, aunque dejándonos con varias secuelas (heridas, algunos daños, escasas lagunas...), pero lo más importante fue canjear esas secuelas por la muerte del espíritu maldito, o sea el espíritu acabó consigo mismo al hacernos atravesar el mapa eléctrico que bloqueaba la entrada a la luz del sol, una vez roto el mapa entraría la luz solar, una luz que no le conviene. Con estas especulaciones pudimos determinar que la causa única de la muerte del espíritu fue la luz del sol.

Era casi la seis de la mañana mientras el cielo rutilaba y los arbustos veían desaparecer la aurora, el sonido de un pájaro ruiseñor nos hacía ver que no estábamos solos o lo que es peor, que el peligro de muerte nos seguía acechando. Esta vez habría que huir, o bien enfrentarse a la supuesta

reina Almudena, la causante de todos los peligros. Debo reconocer que fue una tarea fácil dirimir o solventar.

Nos dirigimos al palacio de la reina Almudena para reclamar el trono pero entonces ordenó a las guardias que nos echaran pero de repente vino el hombre moribundo asegurando que Dafne era la heredera al trono y que Almudena no era más que una impostora, la supuesta reina Almudena seguía insistiendo que era ella la heredera al trono, en ese instante Dafne mostró la marca de la muñeca y se pudo demostrar que ella era la heredera al trono pero entonces Almudena, en un ataque de rabia y de celos intentó atacar a Dafne pero se resbaló de las escaleras y se torció el cuello.

Dos días después Dafne se sentó en el sillón del trono y yo orgulloso estaba mirándola. Pero todo ya había terminado, me iba alejando lentamente para no tener que despedirme, pero escuché una voz tibia y clara diciéndome: “¡Detente!”. Me di la vuelta y ahí estaba ella llamándome sonriente y me dijo con voz suave: “¿Queréis vos decirme algo?” En ese momento recogí todo el valor de mi alma y mirándola fijamente le dije: “Su Majestad, ¿os gustaría, quizás, ser mi esposa?” Hubo un momento de silencio en la sala y respondió sonriendo: “Sí, me gustaría mucho ser vuestra esposa”.



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN GUINEA ECUATORIAL



aecid



Cooperación
Española

www.ccemalabo.es

Facebook: Cce Malabo

Twitter: @ccemalabo

www.ccebata.org

Facebook: Centro
Cultural de España en
Bata

Twitter: @CCEBata



Cooperación
Española
CULTURA / MALABO



Cooperación
Española
CULTURA / BATA





